

día con los productos de la caza, que practican de manera completamente salvaje. Construyen unos lazos que llaman *hopo*, y que consisten en dos hileras de estacas en forma de V. La entrada, que es muy ancha, se estrecha para constituir una especie de pasadizo, terminado por una enorme fosa. Todos los animales de la región, perseguidos por los cazadores en dirección del hopo, van á aglomerarse en el pasadizo, y la enorme fosa no tarda en verse llena en revuelta confusión con los cuerpos de gacelas, jirafas, alces, búfalos, antilopes, springbocks, cebras, gnús y rinocerontes.

**Alce.** — Cuadrúpedo del género *ciervo* (1), tan grande como el caballo. Tiene la cabeza adornada con una cornamenta muy pesada. Corre con gran rapidez.

**Cebra.** — Cuadrúpedo del género *caballo*, cuya piel está rayada transversalmente con bandas blancas y negras. Es oriunda del África Austral, muy arisca, y si bien se ha tratado de domesticarla, pocas veces ha sido esto posible.



Cebra.

**Gnú.** — Cuadrúpedo del género *antilope*. Tiene el cuerpo y la grupa de un caballo pequeño y una cabeza tan enorme como la del búfalo, armada de largos cuernos y que mantiene inclinada siempre hacia el suelo. En el cuello ostenta hermosa cenefa

blanca y negra y otra negra debajo de la garganta; su piel es blanca. Habita en numerosas manadas las montañas al norte del Cabo; es muy montaraz.

Los Betchuanas cazan también los avestruces. Para cogerlos, el salvaje se mete dentro del pellejo de otro avestruz que ha preparado de cierto modo, para darle apariencias de vida. Estos animales, que tienen escasa inteligencia, dejan que el cazador se les acerque de ese modo y el salvaje les lanza sus flechas emponzoñadas.

#### XLVI. — EL PAÍS DE LOS BOERS.

La mosca tsé-tsé volvió á atacar á los animales de la caravana, que continuaba su marcha hacia el sur.

(1) Renunciamos á la costumbre de dar todos estos nombres en latín.

Tres de los bueyes de la tartana y uno de los caballos habían dejado ya sus huesos en el camino y sus compañeros iban á sucumbir por efecto del veneno que el terrible insecto había inoculado en su sangre, cuando los viajeros, después de atravesar el río *Orange* ó *Gariel*, que desemboca en el Atlántico, llegaron al país de los *Boers* ó *Burs*, donde sobraban medios para reparar sus pérdidas.

Los Boers son los descendientes de los holandeses que fundaron en 1650 la Colonia del Cabo y de los calvinistas que fueron á reunirse con ellos, cuando los expulsaron de Francia en 1685 por la *revocación del edicto de Nantes*. Así se explica que en ese país abunden los nombres franceses.

**Edicto de Nantes.** — Edicto dictado por Enrique IV de Francia, en 1598, concediendo á los protestantes libertad para ejercer su culto. — Luis XIV lo *revocó* en 1685, suprimiendo la mencionada libertad.

Se llama *Colonia del Cabo* á la extremidad sur de África. Los ingleses se la arrebataron á los holandeses que la habían fundado, y hoy es un país británico. Su capital, *Cape Town* (ciudad del Cabo); ciudades principales *Port-Elisabeth* y *Graham's Town*.

Cuando los ingleses se posesionaron de este país, los antiguos habitantes, los Boers, que no habían acogido muy bien á los nuevos señores, abandonaron el centro del país y se retiraron á los confines de las regiones habitadas por los hotentotes, en dirección del río Orange, retrocediendo siempre á medida que los ingleses efectuaban nuevas conquistas y que engrandecían el territorio de la colonia.

Estos Boers son principalmente cultivadores; cosechan trigo, maíz y crían grandes ganados de bueyes, carneros y avestruces. Hacen gran comercio, sobre todo con *Port-Elisabeth*, la ciudad más comer-



ciante de la colonia, á la cual envían considerable cantidad de cueros, cereales, plumas de avestruz y lana.

Á fuerza de alejarse del Cabo, los Boers han acabado por traspasar el río Orange y extenderse á lo largo del *Limpopo*, otro río sud-africano que desemboca en el Océano *Índico*. Al mismo tiempo ganaban terreno á lo largo de la costa y se establecían en la costa oriental, hasta más allá de la ciudad de *Natal*, á que dió nombre *Vasco de Gama*, cuando tomó tierra en ese punto un día de *Navidad*.

En esta emigración fundaron tres Estados: el *Estado libre de Orange*, la *Républica del Transwal* ó *Sud-africana* y la de *Natal*. Los ingleses se han apoderado de esta última; pero los Boers han quedado en posesión de las otras dos, infligiendo á los ingleses sangrientas derrotas.

En los límites de la *colonia del Cabo* y de la *Républica del río Orange* existen *campos de diamante*, esto es, espacios en que se encuentran diamantes. La posesión de ellos fué una de las causas del conflicto que sobrevino entre los ingleses y los Boers. Como los primeros eran los más fuertes, se salieron con la suya y hoy esa región pertenece á la *colonia de Natal*.

Los ingleses han necesitado, para dominar la colonia del Cabo, vencer no sólo á los Boers, sino también á los negros y principalmente á los *Cafres* y los *Zulús*. Por ahora la victoria les pertenece.

**Diamante.** — Piedra preciosa, transparente como el cristal, pero infinitamente más límpida, dura y brillante. Los diamantes son muy raros. En otra época se les extraía de las Indias, sobre todo de *Golconda* y de *Visapur*; pero hoy casi todos proceden del *Cabo* y del *Brasil*.

Este cuerpo no existe tal como lo emplea la joyería; hay que quitarle su ganga y que tallarlo. Los principales lapidarios se encuentran en *Amsterdam*.

Su valor se calcula por medio de pesos pequeñísimos llamados *carates*. Cada carate tiene unos 2 décimos de gramo, es decir, que

se necesitan cinco para hacer un gramo. Hoy se imita muy bien este cuerpo y las personas que no son peritas en el asunto pueden engañarse muy fácilmente.

Existen también *pedras preciosas* de color, muy raras y que se usan en la joyería lo mismo que el diamante. Las principales son: el *rubi*, encarnado; el *zafiro*, azul; la *esmeralda*, verde; la *amatista*, violada; el *topacio*, amarillo; la *turquesa*, azul celeste; y el *ópalo*, que es anacarado ó irisado.

#### XLVII. — Á BORDO DEL SPRINGBOCK. — EL CABO DE BUENA ESPERANZA Y EL DE LAS AGUJAS.

Unos días después de pasar las *montañas Azules*, que atraviesan al norte la colonia del Cabo, y cuando la caravana dejaba atrás el terreno quebrado que forma sus últimos contrafuertes, los viajeros vieron alzarse de pronto ante ellos un monte de original figura. Parecía que un gigantesco sablazo le había quitado de un golpe su cima.

— Esta es la *montaña de la Mesa*, á cuya falda está el Cabo, exclamó el Sr. Berton; mañana veremos la ciudad.

En efecto veinte y cuatro horas después nuestros viajeros entraban en *Cap-Town*. Las calles, formadas por casas que proceden de la época de la dominación holandesa, estaban llenas de carros parecidos al del Sr. Berton y tirados también por seis, ocho y diez pares de bueyes.

El explorador no permaneció allí mucho tiempo; al llegar supo que unos amigos con quienes debía encontrarse, hombres de ciencia como él, habían marchado á *Port-Elisabeth*, dejando encargado que fuese á reunirse con ellos. Así fué que después de vender su tartana y de tomar las medidas necesarias para enviar sus colecciones á Francia, se embarcó para el indicado punto, en compañía de Miguel y de su inseparable Zimbo.

El vapor corría velozmente á lo largo de aquella costa que ningún europeo había visto antes que el

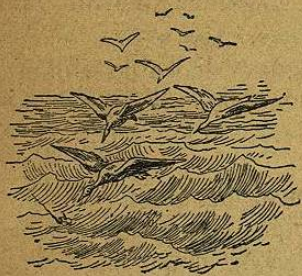


portugués *Bartolomé Díaz*, quien la recorrió en 1486. La *montaña de la Mesa* la domina con su enorme masa; en la falda de este monte existen famosos viñedos que producen el vino de *Constancia*. No tarda en verse el promontorio que forma la extremidad sudoeste del continente africano. *Díaz* la llamó *Cabo de las Tormentas*; pero cuando *Vasco de Gama* logró pasarlo, el rey de Portugal cambió el nombre anterior y le puso el de *Buena Esperanza*. Efectivamente, *Vasco* acababa de descubrir un nuevo camino para ir á las Indias.

*Bartolomé Díaz*, navegante portugués, descubrió, en 1486, el *cabo de Buena Esperanza*. Habiéndose sublevado su tripulación, tuvo que volver atrás y regresó á Portugal.

*Vasco de Gama*, navegante portugués, dobló el cabo de Buena Esperanza diez años después de descubrirlo *Díaz*, y llegó por ese derrotero hasta la India.

El tiempo ha refrescado; las olas azotan con furia las rocas de la costa, y caen perpendicularmente en el mar, subiendo y levantándose en masas de espuma.



Las palomas del cabo.

Este es el punto del globo donde las mares son más altas, pues llegan á tener de 17 y 18 metros, es decir, la elevación de una casa de vecindad. Las *gaviotas*, las *fragatas*, las *palomas del Cabo* y los *albatros*, que parecen adorar esta atmósfera tempestuosa, giraban en torno del *Springbock* (nombre del barco), bajando un momento hasta la superficie del agua para apoderarse de algún pececillo bastante imprudente para sacar la cabeza fuera del agua.

Albatros, fragata, palomas del Cabo. — Grandes aves de rapiña marítimas; las dos primeras miden hasta tres metros de punta á

punta de las alas. Su vuelo rapidísimo, su vista penetrante, su acerado pico y potentes garras, hacen de ellos los más temibles tiranos de los mares. El albatros vive principalmente en el hemisferio austral.

El buque se alejó de la costa, perdiéndola casi de vista, y luego se acerca á ella de nuevo pues aparece otra enorme roca: es el *cabo de las Agujas*. Mientras Miguel baja á su camarote pues es de noche cerrada, el *Springbock* dobla dicho cabo y penetra en el *mar de las Indias*.



Albatros.

Dos días después llegaban á Port-Elisabeth. Lo que más admiró allí á Miguel fué, lo mismo que

en el Cabo, el escaso número de blancos que había en las calles. En cambio abundaban los negros, *cafres* ó *zulis*, vestidos ya con un simple ceñidor, ya con algunos harapos de Europa. La mayor parte eran hombres magníficos, al parecer muy robustos. Ellos son los que ejecutan casi todos los trabajos en la colonia del Cabo. Les es tanto más fácil ganarse la vida cuanto que gastan poco para alimentarse, y menos aún para vestirs.

#### XLVIII. — SEPARACIÓN.

El Sr. Berton tenía la intención de embarcarse en Port-Elisabeth para Francia; pero había contado sin la tentación que ejerce sobre todo hombre de ciencia el deseo de aumentar con otros conocimientos los que ya tiene adquiridos.

Cuando el amigo que le había dado cita en aquella ciudad le dijo que tenía intención de ir á explorar el país de los *Namaqués*, pueblo negro de la tribu de los *hotentotes*, que habita la costa africana, al nor-



oeste de la colonia del Cabo, el Sr. Berton no pudo resistir al deseo de acompañarlo.

Miguel vacilaba entre su deseo de volver á Francia y el de seguir al lado del explorador, á quien quería entrañablemente; pero el Sr. Berton resolvió la cuestión.

— Muchas veces me he reprochado, le dijo, haberte expuesto á trabajos superiores á tus fuerzas, y no quiero repetirlo. Mucho me acordaré de ti y probablemente no encontraré en bastante tiempo un compañero de viaje tan amable y bueno; pero esto no es motivo para que exponga de nuevo tu vida. Separémonos, pues, aquí; espero que volveremos á vernos en Francia, y deseo que encuentres con buena salud á tu hermanita.

Después sacó una cartera, y añadió entregándola á Miguel.

— Aquí tienes el dinero necesario para pagar tu viaje y el de Zimbo en un buque, pues imagino que él no querrá separarse de ti. He tomado informes y me han dicho que hay un navío que sale para Marsella dentro de tres días; embáquense en él. Yo parto hoy con mi amigo para *Graham's Town*, donde haremos los últimos preparativos para nuestra expedición.

Y en efecto, aquella misma noche tomaba el Sr. Berton el tren del camino de hierro que va de Port-Elisabeth á *Graham's-Town*, después de despedirse afectuosamente del joven argelino.

Cuando Miguel abrió la cartera que le entregara el Sr. Berton, encontró en ella seiscientos pesos.

Al día siguiente fué al puerto á tomar su pasaje y el de Zimbo. De paso admiró la actividad que reinaba en la ciudad por todas partes; las calles estaban llenas de vehículos de todas clases y de almacenes repletos de mercaderías, entre las cuales

figuraban las lanas, los cueros y las plumas de avestruz. En algunas de ellas se leía: « Vendedor de diamantes. » Efectivamente, las gentes que se consagran á explotar los campos de diamante del norte de la colonia van á vender el producto de sus explotaciones en Port-Elisabeth.

Como era ya hora de almorzar, nuestros amigos entraron en una posada.

#### XLIX. — DOS MIL PESOS POR MIL.

Mientras comían, hablaban de su próxima marcha. Miguel refería á Zimbo su pena al separarse del Sr. Berton y le ponderó su generosidad, por más que estaba persuadido de que Zimbo, que ignoraba el valor del dinero, no podía apreciarla.

En esto llegó un forastero, se sentó en la mesa donde ellos estaban y trabó conversación.

Era un yankee, según podía verse en lo desenvuelto de sus maneras.

— Por lo que veo, dijo, y por lo poco que he oído de su conversación, se marchan Vds. á Europa.

— Así es, contestó Miguel.

— Pues bien; voy á proponerles un negocio.

— ¿Un negocio?

— Sí, acabo de regresar de los campos de diamante donde he hallado algunos magníficos. ¿Sabe V., continuó, señalando al bolsillo de su chaleco y bajando la voz como si hubiese querido evitar que le oyeran los que se encontraban en la sala, sabe V. que tengo aquí por veinte mil pesos de joyas?

— ¡Tanto!, exclamó Miguel asombrado.

— Sí señor, replicó el hombre.

Y sacando de su bolsillo un papel, lo abrió con mil precauciones, enseñando un objeto brillante, parecido á un pedazo de vidrio y del tamaño de un guisante.



— Aquí tiene V. una que sólo ella vale dos mil.

— ¿Dos mil pesos esa piedrecita blanca? ¡Dos mil pesos! dijo Miguel, quien no tenía la más mínima idea del valor de las piedras preciosas.

— Sí; pero á V. se la daré por mil.

— ¿Á mí? ¿Y por qué motivo?

— Por serle agradable.

— No creo que haya razón para ello. Además, ni tengo el dinero que V. pide, ni compro las cosas por la mitad de su valor.

El americano miró atentamente á su interlocutor y sin duda se convenció de que Miguel hablaba de buena fe, pues una imperceptible sonrisa plegó sus labios, á la vez que replicaba:

— Pues mire V.; me haría un favor y me daría por contento con ese precio. Aquí saben que necesito dinero para embarcarme y querrán todo por nada. Además, cuando digo que este diamante vale dos mil pesos, no quiero decir que los dieran por él en Port-Elisabeth: pero sí en París. Miré V., si lo que le digo no le basta, voy á llamar á uno de los principales traficantes de la ciudad, que veo allí, para que aprecie la piedra.—Eh, Sr. Goetz, exclamó haciendo una seña á la persona indicada, haga el favor de acercarse.

Cuando el hombre llegó, el americano abrió delante de él su papelito y le dijo:

— ¿Cuánto vale este diamante?

El otro tomó la piedra, la examinó, sacó una lente del bolsillo, la miró de nuevo por todos lados; después sacó de otro bolsillo una balanza diminuta, pesó el diamante con cuidado, trazó varios números en un papel, y declaró que pesaba algo más de nueve carates y que por consiguiente valía dos mil ciento setenta y nueve pesos y unos centavos.

— Ya ve V., exclamó el americano con aire de triunfo.

— Quiero hablar por supuesto, agregó el hombre de las balanzas, del valor que tendría en Europa. Aquí darían por ella apenas la mitad, por el estado de los negocios. Yo daría ochocientos pesos.

— Tengo quien me la tome en mil, contestó el americano.

— Tanto mejor para V., contestó el otro volviendo la espalda.

— Espero que podremos entendernos, dijo el hombre de los diamantes cuando estuvo solo con Miguel; déme V. seiscientos pesos, puesto que no tiene más, y me firmará un pagaré por el resto.

— Gracias, contestó Miguel, no quiero robarle, tomándole por tan poco dinero una cosa que vale el doble.

— Pero.....

— No; es inútil que V. insista; ya he dicho que no quiero.

— Pues bien, exclamó el americano levantándose, al ver que perdía el tiempo y que Miguel no se dejaba engañar; puede V. jactarse de ser un verdadero imbécil; y diciendo esto, salió.

#### L. — ESCENAS DE VIOLENCIA.

Unos momentos después, cuando Miguel se disponía también á partir, empezó á llover á torrentes, y esto hizo entrar mucha gente en la posada. Entre los recién llegados llamaba la atención un individuo que hablaba en alta voz, que parecía darse gran importancia y que reía sin cansarse. Rodeábanlo unos diez ó doce compañeros suyos, que le hablaban con cierto respeto. Aunque su rostro encendido indicaba que había hecho ya numerosas libacio-



nes, pidió vino y aguardiente para sí y sus amigos.

— Bien, siempre el mismo Boliver, dijo un hombre que había ido á sentarse junto á Miguel y que hablaba con un camarada. Desde que encontró el famoso diamante de que tanto se ha hablado, no se le ve sino en las tabernas. No acabará hasta beberse.

— Á veces me pregunto, contestó el otro, por qué esos buscadores de diamantes no emplean mejor lo que les da la casualidad, cuando hacen un buen hallazgo.

— Le pasa lo que á todo el que gana su dinero con demasiada facilidad; pierde la cabeza, y aun puede darse por satisfecho si esta pasión de lucro que invade á los que buscan oro y diamantes no lo conduce al crimen.

— Como aquél, añadió el otro interlocutor á media voz, designando con un movimiento de hombros á un individuo que acababa de llegar.

— Sí; aunque nunca ha habido pruebas ciertas contra él, siempre se le ha considerado como asesino del pobre Parker, que apareció un día en un foso con una bala en el pecho.

Miguel sintió que se le erizaban en la cabeza los cabellos, y volvió la vista hacia el individuo designado. Era un hombre de facciones duras, que á sus ojos adquirieron proporciones siniestras, cuando pensó que eran tal vez las de un asesino; pero no tuvo tiempo para entregarse á un prolongado examen. En otro punto de la sala acababa de comenzar una disputa, y los adversarios cambiaban entre sí injurias y gritos.

— Me ha robado, decía uno; sí, es un ladrón. Yo fui quien encontró el diamante. Lo escondí en una hendidura de una roca; pero él me espió, me siguió,



Los buscadores de diamantes.



vió dónde había ocultado yo mi diamante y me lo robó.

— No es cierto, gritaba el otro; yo fui quien lo descubrió.

— Mientes, añadió el primero; pero no tengas cuidado que la primera vez que te encuentre solo, sabrás lo que es bueno.

— Sí; pero yo no esperaré hasta entonces, vociferó su enemigo.

Y, levantándose de un salto, sacó un revólver del bolsillo y disparó.

El otro minero cayó al suelo, produciéndose tumulto indescriptible; pero Miguel no había esperado hasta el fin para abandonar aquel peligroso sitio. Sin prever que la querrela iba á acabar de modo tan trágico, se levantó huyendo del asco que aquella gente le inspiraba, y salió con Zimbo.

#### LI. — LAS GRANDES GANANCIAS NO SUELEN SER HONRADAS.

Echaron á andar camino del puerto; pero al pasar por la principal calle de la ciudad, Miguel vió una tienda en cuyo escaparate había piedras análogas á las que el americano le había querido vender. Algunas eran todavía mayores, y junto á ellas se veían unos cartoncitos que decían: « El *Gran Mogol*, once millones de francos; el *Regente*, siete millones; el *Orloff*, el *Koh-i-noor*, la *Estrella del Norte*, el *Sancy*. » Este último valía más de un millón de francos.

Miguel se quedó estupefacto al considerar que el *Sancy* no era mayor que la piedra del americano, y este descubrimiento confirmó una sospecha que ya le había pasado por la mente. Queriendo saber á qué atenerse, se dirigió al mercader que estaba en la puerta de la tienda y le dijo.

— Dispense V.; soy extranjero y querría saber si

esas piedras valen realmente el precio que tienen marcado.

— Esas piedras no son diamantes, contestó el comerciante; sino imitaciones, hechas con vidrio, de diamantes célebres, *históricos*. Las joyas de ese grueso son muy raras.

De modo que no se pueden pagar mil pesos por una piedra como esa, añadió Miguel señalando al *Sancy*.

— Seguramente no; el diamante cuya copia ve V. ahí ha desaparecido, robado. Si existiera aún, valdría no mil pesos, sino por lo menos un millón. ¿Por qué me hace V. estas preguntas amiguito? añadió el mercader.

Miguel refirió entonces lo que le había ocurrido.

— Hizo V. bien en negarse á aceptar semejante proposición, ó, mejor dicho, su lealtad y buena fe lo han librado de un engaño. Ese diamante era falso. Aquí abundan los pillos que andan siempre en busca de gentes demasiado sencillas ó muy interesadas que se fían de apariencias y se dejan engañar. Las grandes ganancias no son casi nunca bien adquiridas ni tampoco seguras. Doy á V. la enhorabuena, joven, por haberse librado de la asechanza que le tendían.

#### LII. — COMBATE CON UN AVESTRUZ.

— Ganancias excesivas son pocas veces honradas; y menos aún seguras, repetía Miguel al salir de la tienda; esto es lo mismo que decía mi padre y espero no olvidarlo nunca.

Nuestro amigo llegó al puerto, tomó su pasaje y el de Zimbo, y luego, en vez de limitarse como es costumbre á dejar *prenda*, es decir, una parte del precio de los billetes, en garantía del compromiso que acababa de adquirir, lo pagó en totalidad. Des-



pués de éstos le quedaron unos ciento y pico de pesos; pero como el asunto de los diamantes falsos le había inspirado viva desconfianza, rogó al capitán que le guardara aquel dinero hasta el momento del embarque. De este modo creía verse á cubierto de las asechanzas de los ladrones.

Su nombre quedó, pues, inscrito en el registro de á bordo, y Miguel se retiró contento al pensar que al día siguiente se pondría en camino para su patria.

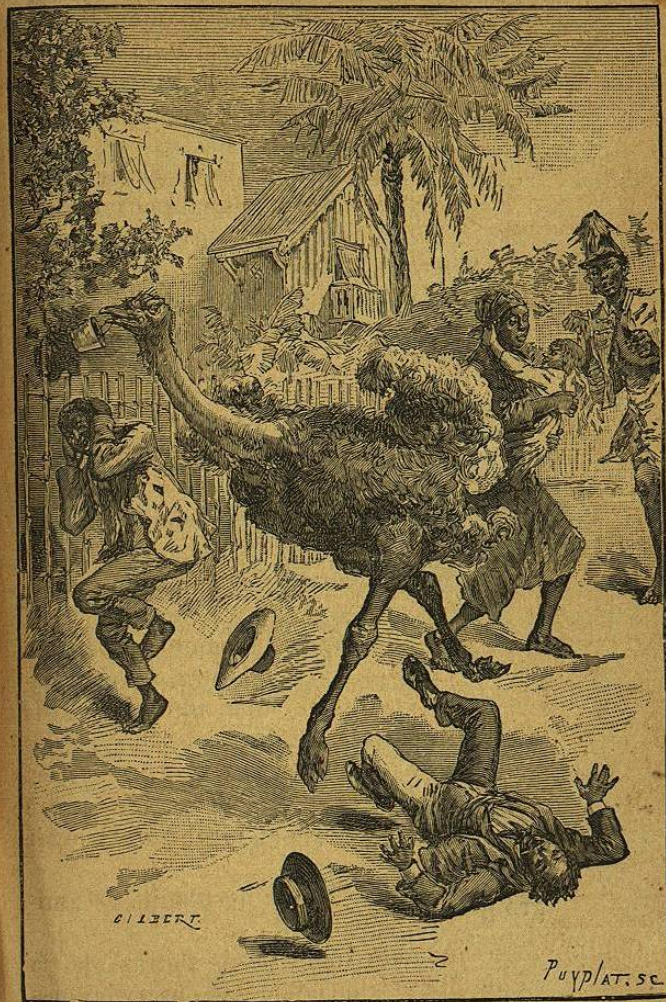
Apenas despuntó la mañana, pagó su gasto en la posada donde él y Zimbo habían pasado la noche y ambos se dirigieron al puerto, donde debía la *Turena*, nombre del barco en que iban á embarcarse, hacerse á la vela á las nueve.

Al pasar por una de las calles de la población, Miguel se fijó en una niñita de tres á cuatro años, de pelo rubio ensortijado, que salía con una criada á dar un paseo. Llevaba una pequeña pala, y un balde de zinc barnizado muy brillante, sin duda para jugar con arena, á la manera de los niños en muchos países.

— Estoy seguro, dijo Miguel llamando la atención de Zimbo para que mirasé á la criatura, que mi pequeña Lucía se parece á esta linda niñita; tiene la misma edad; debe poseer también cabellos rubios ensortijados y saltar lo mismo que ésta al correr. ¡Cuando pienso que tal vez dentro de un mes podré verla! ¡Qué alegría estrecharla en mis brazos y jugar con ella!

— Zimbo querrá mucho bonita hermanita de amiguito blanco, dijo el negrillo.

Continuaban andando unos pasos detrás de la niñita, y seguía Miguel haciendo sus observaciones y comparaciones, cuando apareció en el otro extremo de la calle un avestruz de gran tamaño. Un negro vestido con un traje de oficial inglés que se caía á



Combate con un avestruz.



pedazos, lo conducía por medio de una cuerda atada á una especie de tahalí que rodeaba el cuello del animal; pero éste corría con tanta arrogancia, que más bien parecía guiar que ser guiado. De pronto el avestruz se escapó de la mano que lo contenía, bastante flojamente por cierto, y arrojándose sobre la niña, la derribó al suelo y cogió con el pico el reluciente balde, pues las mencionadas aves son como las urracas: cuanto tiene brillo las atrae con verdadera pasión.

La niña llevaba su baldecito colgado del brazo y el avestruz iba quizás á romperle el miembro del tirón, cuando Miguel y Zimbo se lanzaron sobre el animal y lo obligaron á soltar su presa; pero fueron víctimas de su furor. Zimbo rodó por el suelo de un aletazo y Miguel recibió un golpe en el muslo con la pesada pata del ave, armada de férreas uñas, y caía también en tierra á la vez que aparecía en su pantalón de hilo una gran mancha de sangre.

El animal iba á repetir el ataque, pero Zimbo, que se había levantado rápidamente, acudió en auxilio de su amigo, y logró salvarlo no sin recibir por su parte otro golpe tan violento que casi le rompe un brazo.

En este momento llegó el conductor del ave; pero en vez de auxiliar á los dos muchachos, se contentó con coger la cuerda que le servía de riendas, y que tan torpemente soltara.

Mientras se alejaba murmurando entre dientes, Zimbo logró poner en pie á Miguel; la sangre corría con abundancia de la herida del joven, mas por fortuna estaban cerca de la posada donde habían pasado la noche. El negrito propuso regresar á ella; pero Miguel exclamó:

— No, no; nos quedaríamos en tierra. Vamos á bordo, á bordo.

Y quiso, en efecto, andar en dirección del puerto; pero después de dar unos pasos, cayó al suelo sin sentido.

Se comprende el apuro de Zimbo, quien buscó con la vista alguien que pudiera ayudarle á transportar á su amigo. Mas no había nadie; el negro del avestruz estaba ya lejos y la criada había huido llevándose la niña.

Aunque Zimbo no era tan alto ni robusto como Miguel, logró sin embargo, al cabo de bastantes tentativas infructuosas, subírselo á los hombros; después se encaminó hacia la posada, rendido por el peso y parándose á cada momento para recuperar fuerzas.

Al entrar en la hospedería, cayó al suelo con su carga.

LIII. — ¡ ES TARDE !

La hostelera, que era una buena mujer, acudió inmediatamente. Empezó por acostar á Miguel y frotarle las sienes con vinagre, dándole á oler además esta sustancia. Al cabo de unos minutos, el joven abrió los ojos y miró en torno suyo. Entonces le volvió la memoria y exclamó:

— ¡ El barco, el barco! ¡ Se va á marchar!

— Pues bien, replicó la hostelera; se irá sin V., pues no está en estado de embarcarse.

— Sin mí, dijo Miguel con extravío, eso es imposible.

— Por lo menos espere V. á que le vende la herida, sin lo cual podría emponzoñarse, continuó diciendo la buena mujer. Con un cuarto de hora tengo de sobra.

— No, no, sería demasiado tarde.

Y escapando á las manos que querían detenerlo, Miguel saltó de la cama y se lanzó á la puerta;



pero antes de llegar á ella cayó otra vez sin conocimiento.

La mujer y Zimbo lo colocaron de nuevo en la cama, y á fin de que no procurase una vez más hacer alarde de fuerzas, ella resolvió curar la herida antes que recobrar otra vez el sentido.

Quitóle en efecto los calzones, lavó la herida con agua fresca y después aplicó encima una compresa de agua fenical.

— Pobre muchacho, decía mientras ejecutaba las operaciones necesarias, vaya una herida. ¡Qué malos son esos avestruces! No es posible hallar nada más traidor. Infeliz del que se fía de ellos: durante cierto tiempo parecen suaves de condición y al fin un día se arrojan sobre las personas sin que se sepa por qué. La semana última uno de ellos le abrió el vientre á un café cerca de aquí, de una sola patada. Ya, ya, marcharse; tu amigo va á tener mucha calentura, añadió dirigiéndose al negrillo, y lo primero que necesita es descansar.

En este momento dió el reloj las nueve. El ruido de las campanadas sacó á Miguel de su letargo.

Las nueve, dijo; el barco se pone en marcha...

— Espero, contestó la hostelera, que no querrá V. volver á levantarse.

— ¡En marcha!... ¿Qué va á ser de nosotros? ¡Mi dinero!.....

No pudo decir más, pues le atacó nuevo síncope.

— Dejémosle, añadió la dueña de la posada, á la vez que colocaba en torno suyo un *mosquitero* para defenderlo contra los insectos. Después de todo, este muchacho me parece dotado de robusta constitución, y quizás cure en poco tiempo.

## LIV. — VACILACIONES.

Á la semana siguiente, Miguel estaba en pie completamente curado; pero la *Turena* había salido, y el joven quedábase sin recursos ni protectores en un país desconocido. ¿Cómo pensar ahora en volver á Francia? Ya no le quedaba más recurso que ver si querían tomarlos, á él y á Zimbo en un buque donde pagaran su pasaje trabajando en las maniobras.

Por fortuna el Sr. Berton le había entregado antes de su partida, á más de los seiscientos pesos, cierta cantidad para que pagase su fonda sin tener que descabalar aquéllos. Este dinero había servido á los dos amigos para vivir hasta entonces, pero ya se estaba acabando, y se hacía necesario tomar un partido. Miguel se dirigió, pués, al puerto á fin de buscar algo.

Á lo largo de los muelles estaban amarrados unos grandes y hermosos navíos, en su mayor parte ingleses ó norte-americanos. En los que iban á tocar en Francia no quedaba ningún puesto libre; las tripulaciones estaban completas.

Al día siguiente continuó buscando; pero con tan escaso éxito como la víspera.

El tercer día, cuando paseaba melancólicamente por los muelles, vió un hombre de color muy encendido y grandes patillas negras, que echaba una reprimenda á media docena de cafres, los cuales transportaban varias cajas, poco á poco, y cargando lo menos posible, desde un almacén del puerto á un pequeño barco amarrado un poco más lejos. Tres ó cuatro negros dormían profundamente á la sombra, á escasa distancia de allí.

— Pero, holgazanes, decía el hombre, mañana